

pañol es la única forma, para muchos extranjeros, de sentirse “alguien” y no “algo” en España.

La segunda experiencia la sitúo en otra prisión en la Comunidad de Valencia. Es difícil dentro de la cárcel querer hacer algo, aprovechar el tiempo, ampliar conocimientos, porque, cuando estamos presos, parte del mundo que teníamos ha desaparecido de nuestros pies y el que creíamos tener no existe. Sentimos en muchos momentos inseguridad, miedos, vergüenza, inquietud, soledad, dolor...

Pero, a pesar de ello, hay compañeros que intentan superarse a pesar de las dificultades que plantea el mundo de la prisión. Mi amigo estudia en la UNED la carrera de Trabajo Social. Trabaja dentro como ordenanza encargado de una de las alas de la prisión con mayores dificultades por las situaciones personales de los internos. El no es listo, porque, si no, no

hubiera caído con sus huesos en la cárcel, pero es muy inteligente. Con mucho esfuerzo obtuvo en junio en una de las asignaturas la nota más alta obtenida en la UNED por un alumno privado de libertad. Sin prácticamente medios a su alcance, limitado en su aprendizaje por las estructuras penitenciarias de seguridad, nos ha demostrado, a mí y a muchos, que es posible superarse y que

las dificultades se saltan y si no se puede, se bordean.

La escuela en la prisión está muy limitada por la política de seguridad que se impone en ellas. El factor fundamental no es la educación sino el régimen. Desde este parámetro es difícil enseñar de otra forma –como mi “Maestra”– y, por desgracia, la estructura de la cárcel no es el marco que más ayuda a ello. La tarea de un maestro no es sencillamente comunicar información y facilitar habilidades, sino formar la persona preparándola para VIVIR; y en

la cárcel es difícil para muchos, por las circunstancias personales que tenemos cada uno de nosotros. Pero no es menos cierto que, si uno quiere, puede.

Espíritu de superación, como el de mi amigo, entrega en la vida, como mi Maestra, hacen posible que la utopía de *educarnos* dentro de los muros oscuros de la cárcel pueda ser una realidad.



## Pedagogía y cárcel

Tomás Santiago (Peñaranda, SA)

(maestro)

**M**e pedís aquella vieja experiencia mía de funcionario en la cárcel Modelo de Barcelona, pero lo que yo tendría que hacer ahora es escribir la carta que le debo desde hace unos días a mi amigo José Ángel, preso en Aranjuez. Así que, aprovecharé estas líneas para que puedan servirle a

él, para recordar viejos tiempos... y, tal vez, ganar nuevos amigos.

José Ángel tiene una condena larga y tiempo de sobra para terminar la carrera de Pedagogía que ha empezado por la UNED. Yo le desanimo porque no creo que estudiar una carrera tan absurda le sirva de mucho, pero él ha puesto sus ilusiones

en terminarla y no me gustaría que lo dejara, pues, al menos, le sirve de distracción mientras pasa los años que le quedan *dentro*. Le dará tiempo a terminarla y a empezar y acabar otros dos o tres grados de Bolonia... y espero que se le acabe pasando esa tontería pedagógica, si, cuando salga, tiene la suerte



de meterse en una escuela y *ver que su "pedagogía estudiada" no le servirá de nada*. Tal vez a José Ángel le interese nuestra revista, así que voy a apuntar al final su dirección para que nuestro secretario –si le parece bien añadir un suscriptor más de los de no pago– comience a enviarle nuestra revista en quiebra. Y quién sabe, si a alguno de nuestros lectores que sí crea en la bondad de sus estudios pedagógicos, le de por escribir a mi amigo José Ángel.

Voy a explicaros cómo le conocí. Hace muchos años leí en una revista de cristianos militantes, que todavía quedan, la carta que un preso español en una cárcel portuguesa, escribía para agradecer el apoyo que un cura de Salamanca –Emiliano Tapia– le había prestado; aquel preso pedía además que, si algún lector quería escribirle, estaría encantado pues sentía una gran soledad. A mí me dio por leer

aquella carta a los alumnos de entonces en mi escuela de Mamblas, un pueblecito de Ávila. Y los niños y yo comenzamos a cartearnos con Francisco. Pasaron algo más de un par de años y Francisco salió en libertad. Nos encontramos personalmente en casa del cura, Emiliano, párroco en un barrio chungo de Salamanca, y que le había ofrecido su casa a Francisco. Unos días después, Francisco visitó también nuestra escuela de Mamblas y los chavales y yo aprendimos un montón de cosas de aquel libro de vida que, con sus cartas, había sido Francisco para nosotros durante esos dos años. Le ayudamos incluso a encontrar su primer trabajo en libertad, por unos padres que lo llevaron a la temporada de la fresa en La Moraña.

Pero la vida *es muy puta*, como repetía Francisco, y esa vida puta, que para él era la droga, le volvió a cornear poco después de terminar en la fresa. Me llamó una noche pidiendo ayuda: "Sé que la he jodido otra vez, pero no puedo seguir tirado porque terminaré de nuevo en la cárcel". Buscamos dónde recuperarse durante unos días del monazo que tenía y, después de probar inútilmente en Cruz Roja y algún otro sitio, terminamos recurriendo a los monjes en La Trapa de San Isidro de Dueñas, cerca de Palencia, que lo admitieron en la hospedería del monasterio. Y aquí viene el encuentro con José Ángel, nuestro futuro pedagogo de Aranjuez.

El hermano hospedero del monasterio, tras recuperarse del susto inicial, nos puso una condición para quedarse en la hospedería: que alguien estuviese siempre junto a Francisco a todas horas. Yo no podía, le dije, porque no me quedaba otra que ir a la escuela cada día. Así que no nos quedó más remedio que recurrir al único huésped del monasterio que andaba por allí aquellos días. Le abordé directamente y le planteé la papeleta. Hay que imaginar el trabajito: tú vas al monasterio a pasar unos días en plan de silencio, tranquilidad y oración y, de golpe, te viene un tío y te plantea que, sin más ni más, te hagas cargo de un joven en pleno mono de heroína. Pero aquél huésped no era "cualquiera". Era José Ángel, al que yo después me refería siempre llamándole "ángel José" porque es evidente que eso fue para Francisco... ¡Qué conversaciones durante aquellos días! ¡Qué escuela de vida escucharlos contándose uno a otro sus batallas!...

Pero la vida que, además de *puta*, da muchas vueltas, llevaría más tarde a nuestro *ángel* José Ángel a estudiar Pedagogía en el módulo de internos de Aranjuez, en la UNED: quince añitos de estudios a la sombra. Ahora es él quien necesita de uno o más ángeles que quieran simplemente darle conversación y amistad y que, como él, crean todavía en la escuela. En esta revista hay mucha gente "pedagoga", tal vez dispuesta a representar ese papel. Pues aquí os queda su dirección. Los detalles que falten o hayan quedado abiertos ya los arregláis con él: **José Ángel Cortés Lazo** (M.4), Apartado 2000, Aranjuez (Madrid).■